

## RESEÑAS

---

SALVADOR MÉNDEZ REYES, *Las élites criollas de México y Chile ante la independencia*, México, Centro de Estudios sobre la Independencia de México, 2004, 425 pp. ISBN 970-94244-0-8

Uno de los rasgos más llamativos de los estudios latinoamericanistas en la actualidad es la escasez, cuando no ausencia, de estudios comparativos. Esta carencia es especialmente significativa cuando se aborda el estudio de determinados procesos que afectaron por igual a la mayoría de las naciones latinoamericanas, como es el caso de la actitud de las élites criollas hacia el proceso de emancipación americano.

*Las élites criollas de México y Chile ante la independencia* viene a cubrir, en parte, este vacío historiográfico y lo hace mediante un análisis comparativo de cuatro estudios de caso en México y Chile. La obra constituye el resultado de varios años de investigación de Salvador Méndez Reyes en archivos de México, Chile y Estados Unidos.

El libro se estructura en trece capítulos agrupados con criterio temático en tres bloques. El primero, realiza un estudio comparativo del contexto político y socioeconómico de México y

Chile durante las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XIX. El segundo, que abarca los capítulos dos a ocho, traza la trayectoria biográfica de dos prominentes familias novohispanas de origen hispano, estrechamente emparentadas entre sí: los Fagoaga y los Villaurrutia. En tanto que el tercer bloque, que reúne los capítulos nueve a trece, analiza la historia de otras dos eminentes familias chilenas, igualmente de origen español: los Eyzaguirre y, en menor medida, los Errázuriz, ligados, asimismo, por lazos de parentesco con los primeros.

El primer elemento resaltable del libro es, sin duda, la arriesgada apuesta metodológica realizada por el autor. Salvador Méndez parte del análisis de cuatro estudios de caso en México y Chile, dos demarcaciones de esa vasta amalgama de territorios que —bajo distintas fórmulas jurídicas— constituían lo que en la terminología de la época se conocía genéricamente como monarquía hispánica, pero lo hace con la voluntad de tratar de extrapolar una parte de los resultados de su estudio comparativo a la totalidad del antiguo imperio colonial español.

Como vemos, la apuesta es arriesgada, pero Salvador Méndez sale con éxito. La crisis del imperio español en América, que desembocaría en el inicio del proceso de emancipación de las antiguas colonias españolas, tuvo carácter general y su desarrollo fue casi simultáneo en todo el continente. Si bien, la dinámica seguida varió considerablemente en las distintas dependencias del viejo imperio, los problemas que afrontaron las élites criollas fueron muy similares en todas y cada una de sus partes. Eso determinó que las estrategias seguidas por dichas élites hacia la crisis del imperio, primero, y la independencia, después, presentaran gran cantidad de rasgos comunes. Este extremo hace posible extrapolar muchas conclusiones del estudio comparativo de Salvador Méndez a la totalidad del proceso de independencia de la América continental, al menos hasta que nuevos estudios confirmen o modifiquen los resultados del libro que estamos reseñando.

Una de las principales aportaciones de la obra es el análisis que Méndez realiza del proceso de aculturación de los españoles peninsulares y, en particular, de sus descendientes, representados en el libro por las familias criollas de los Fagoaga y los Villaurrutia, en la Nueva España y los Eyzaguirre y Errázuriz, en Chile.

Como es bien sabido, este proceso revistió dos vías principales. La primera afectó a individuos generalmente aislados que habitaban en áreas de población mayoritariamente indígena, quienes carecían del respaldo de una comunidad europea y, por eso, acabaron por integrarse parcialmente en la cultura autóctona. La segunda, que es la que nos interesa, tuvo lugar en los grandes centros de población del imperio colonial español. Éstos funcionaban como centros de actividad económica y administrativa de la sociedad colonial y, por eso mismo, se convirtieron desde el primer momento en polos de atracción de la inmigración peninsular que monopolizó, casi hasta última hora, los principales cargos de la pesada maquinaria administrativa colonial.

En estos centros poblacionales, el proceso de aculturación que transformó al español en criollo — como muy bien ha expresado Solange Alberro en ese ensayo fundamental para comprender la naturaleza de dicho proceso, que lleva precisamente por título *Del gachupín al criollo o de cómo los españoles de México dejaron de serlo* — revistió carácter mucho más lento y progresivo, ya que los mismos funcionaban al mismo tiempo como centros de irradiación de la cultura española y de recepción de nuevos inmigrantes procedentes de la Península. Todo eso posibilitaba el continuo proceso de mezcla — como muy bien se expresa en el libro — entre esos “españoles americanos” que, según la terminología de la época, eran los criollos, y los “españoles europeos” recién llegados al continente. Todo esto explica la existencia de unos vínculos de interés y solidaridad más sólidos de lo que a menudo se ha creído entre los que, a la postre, constituían los dos sectores dominantes de la oligarquía colonial.

El libro de Salvador Méndez refleja perfectamente este proceso cuando traza los avatares biográficos de las familias que constituyen su objeto de estudio. Desde luego, es patente en el caso de los Fagoaga, cuyo primer representante, Francisco Fagoaga, llegó desde España al virreinato de la Nueva España a fines del siglo XVII para desempeñar, precisamente, un cargo como funcionario colonial en la Casa de Moneda de México y que, posteriormente, se casaría con una criolla, que era hija a su vez de otro peninsular. Sus descendientes siguieron el mismo esquema, pues los vemos entroncando, a su vez, con criollas, habitualmente de primera generación, puesto que son hijas de peninsulares, así con españoles residentes en México o en España —en general de la región española de donde era oriunda la familia, en este caso de Guipúzcoa. Un proceso similar podemos observar en el caso de los Villaurrutia, estrechamente emparentados con la familia anterior y cuya trayectoria está descrita brillantemente en el presente libro.

Méndez no se limita al virreinato de la Nueva España, sino que extiende su estudio al de Perú, en concreto a otras dos notables familias también de origen vasco que, en este caso, se instalaron en Chile: los Eyzaguirre y los Errázuriz. Eso permite apreciar cómo las biografías de dichas familias, sus estrategias familiares e intereses siguen un patrón muy similar, casi paralelo, al de las dinastías familiares que sirven a Méndez para realizar su estudio de caso relativo a la Nueva España.

Por lo tanto, nos encontramos ante una obra que pone de manifiesto cómo los patrones de formación y comportamiento de las élites coloniales siguieron derroteros muy parecidos en dos regiones —por otra parte bastante disímiles— del vasto imperio español, como era el caso de Chile y México.

Este extremo se hace aún más patente cuando el libro aborda la actitud de las familias de notables, estudiadas hacia la crisis del imperio español, primero, y el inicio del proceso de emancipación de las antiguas colonias americanas, después. Salvador Mén-

dez pone de manifiesto en este aspecto los paralelismos existentes en la actitud de estas élites coloniales hacia dichos procesos y en las estrategias puestas en práctica para continuar disfrutando, tras la independencia, de los poderes económico y político que dichos grupos familiares habían conseguido acumular durante el periodo colonial.

Es sintomático que varios de los miembros más prominentes de las familias estudiadas, que ocupaban importantes cargos, tanto en la audiencia de México, como en la de Lima, sintieran fuerte atracción por el liberalismo gaditano y se alinearan en un principio con los sectores partidarios de reformar el pacto colonial en un sentido autonomista. En este sentido, el presente libro pone de manifiesto cómo el proyecto de establecer una confederación de Estados iberoamericanos, expuesto por el Conde de Aranda a Carlos III en su famoso memorial de 1783 —proyecto que fue retomado con distintos matices por Godoy en 1804 y 1806, ya en vísperas de la invasión francesa— había calado entre importantes sectores de la élite criolla que, por un momento, vieron en la consecución de una autonomía política dentro de la gran confederación de naciones hispanoamericanas, el cauce más adecuado para la defensa de sus intereses.

El fracaso del liberalismo español al articular una fórmula que permitiera compatibilizar las aspiraciones de las élites criollas con el mantenimiento de la resquebrajada estructura imperial, apartó pronto a estos sectores del liberalismo español, el cual, por otra parte, fue desplazado del poder por los sectores más reaccionarios, encabezados por un monarca obsesionado por el imposible sueño de restablecer en toda su extensión el antiguo régimen y, de manera particular, el antiguo marco de relaciones con los territorios americanos.

Como el libro pone de manifiesto, lo anterior no significa que la totalidad de los Fagoaga-Villaurrutia y de los Eyzaguirre-Errázuriz simpatizaran inicialmente con el autonomismo para, más

tarde, acabar promoviendo, de manera más o menos activa, la causa independentista mexicana o chilena. Por el contrario, el estudio comparativo realizado por Salvador Méndez nos muestra cómo la crisis del imperio español, primero, y el proceso independentista, después, provocaron importantes fracturas en el seno de las familias estudiadas, puestas de manifiesto por la existencia de posturas diversas —y aún encontradas— entre los distintos miembros de estas familias.

Curiosamente, uno de los fenómenos menos conocidos del proceso de emancipación americano es el estudio de las estrategias de adaptación de las antiguas élites coloniales a la nueva situación surgida a raíz de la aparición de los nuevos Estados. El libro de Salvador Méndez arroja de nuevo una interesante luz sobre esta cuestión. El investigador michoacano pone de manifiesto cómo, lejos de adoptar una actitud netamente conservadora, gran parte de los integrantes de dichas élites militaron en las filas del liberalismo moderado durante los primeros años de vida independiente.

Esto es especialmente patente en el caso de Francisco y José María Fagoaga, cuyos contactos en Londres con liberales españoles —como José Blanco White— e hispanoamericanos —como Andrés Bello— estudia minuciosamente nuestro autor, que reproduce, además, una parte de la interesante correspondencia de los Fagoaga con los anteriores, así como con algunos connotados liberales mexicanos, como fray Servando Teresa de Mier y José María Luis Mora. El libro no olvida repasar la trayectoria política de varios miembros de esta familia durante las primeras décadas de vida independiente y pone de manifiesto la militancia de numerosos miembros en la masonería escocesa, núcleo del partido centralista.

Un caso similar es el de la familia Eyzaguirre-Errázuriz en Chile, donde con buen número de miembros de filiación política conservadora, encontramos un grupo igualmente nutrido, de

liberales que —como Agustín Eyzaguirre y Fernando Errázuriz— sostuvieron posiciones ideológicas próximas en algunos puntos al liberalismo doctrinario y, tras la independencia, defendieron un liberalismo moderado de corte centralista, que propugnaba cambios políticos que no tuvieran un impacto importante sobre la estructura socioeconómica heredada del periodo anterior. Este extremo es especialmente patente en el primero de dichos personajes, quien llegó a ser presidente interino en 1826 y que, tras ser destituido por un golpe de Estado federalista, acabó convirtiéndose en uno de los principales referentes del régimen liberal oligárquico que subsistió en Chile entre 1829-1891.

En síntesis, se trata de una obra cerrada, perfectamente equilibrada en sus distintas partes, cuyo interés se acrecienta por presentar, asimismo, un extenso y cuidadoso aparato crítico, tanto archivístico como bibliográfico, basado en fuentes mexicanas y chilenas. Un libro que pone de manifiesto los paralelismos que caracterizaron la actitud de las viejas élites coloniales hacia el proceso de emancipación de sus territorios y que profundiza en el estudio de sus estrategias de adaptación para mantener, tras la independencia de los nuevos Estados, el poder político y económico acumulado durante el periodo colonial. Un trabajo, en suma, de lectura ineludible para los especialistas en el tema, como para todos aquellos interesados en conocer el papel de estas élites en el proceso de conformación de los nuevos Estados iberoamericanos.

Agustín Sánchez Andrés

*Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo*